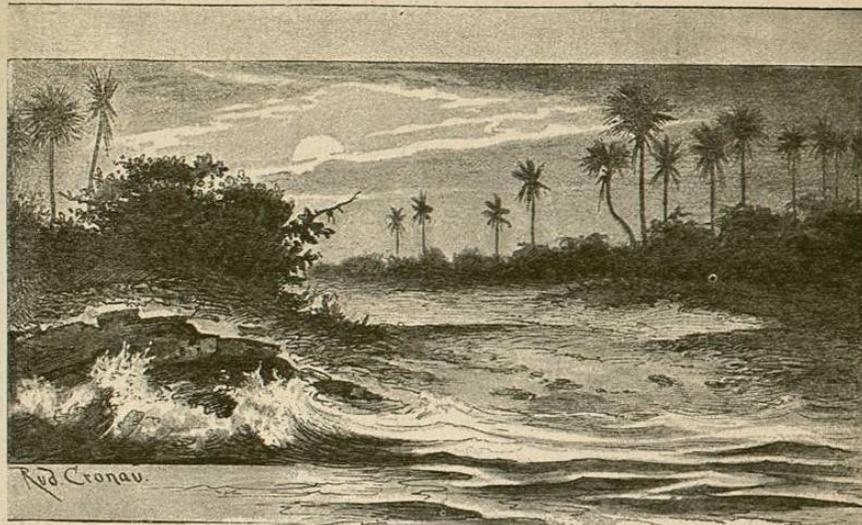


mano el pendón real de Castilla, pisó el primero el suelo del Nuevo Mundo, se arrodilló en la playa, besó la tierra, y dió al cielo fervorosas gracias por haberle concedido al fin el premio de sus largos años de sueños, esperanzas y afanes. Después los capitanes de los otros dos barcos colocáronse á ambos lados del almirante y desplegaron cada uno una bandera blanca con cruz verde, á cuyos lados se veían bordadas las iniciales de los Reyes de España, una *F* y una *I*, adornadas con una corona.

De la manera más solemne tomó entonces Colón, en nombre del Rey y de la Reina, posesión de la tierra nuevamente hallada, llamando á todos para que como testigos leales prestasen su asentimiento á aquel acto, á fin de que en tiempo alguno nadie pudiera usurpar estos derechos. A la isla le dió Colón el nombre de *San Salvador*, consagrándola de este modo al Salvador del Mundo.



Playa de Guanahani (dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

EL DIARIO DE COLÓN DURANTE SU TRAVESÍA POR LAS LUCAYAS

Si bien para describir la travesía de Colón por el Océano, así como su desembarque en Guanahani, tuvimos que contentarnos con las pocas noticias dejadas por Las Casas, en lo referente al diario original del almirante podemos, por el contrario, dar á conocer las impresiones de Colón, después de haberse posesionado de la isla, acerca de sus habitantes, como asimismo de las otras islas del grupo de las Lucayas ó Bahamas, sirviéndonos para ello de las mismas palabras del almirante, pues Las Casas ha extractado felizmente del diario de Colón una gran parte reproduciéndola con toda exactitud. Este extracto es de doble interés, no sólo porque nos permite conocer las ideas de Colón, sino porque podemos seguir exactamente la ruta del almirante y de su escuadra.

Y opinando que el lector gustará de conocer las propias palabras del almirante, las reproducimos á continuación con toda fidelidad.

El P. Las Casas da comienzo á su trabajo de esta manera: «Y ahora siguen las propias palabras del almirante, extractadas del informe sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, que era tenido por él como la *India Occidental* y que por eso se llama aún hoy día del mismo modo:

Viernes 12 de Octubre—Lleno del deseo de ganarme la amistad y benevolencia de estos pueblos, y convencido de que la conversión de los mismos debía alcanzarse más bien por amor que por fuerza, regalé á algunos de los indígenas gorras encarnadas y sartas de cuentas de cristal, con que adornaron su cuello, así como otras bagatelas que les proporcionaron gran alegría, y por las cuales nos ganamos con asombrosa rapidez su benevolencia. Más tarde vinieron nadando á los botes de nuestros barcos y nos trajeron papagayos, ovillos de hilo, lanzas y algunas otras cosas, las cuales cambiaron por las que les dábamos nosotros, que eran sartas de cuentas de cristal y cascabeles pequeños. Tomaron lo que les dábamos dándonos con buena voluntad lo que tenían, pero me pareció que son gente muy pobre. Todos van desnudos como vinieron al mundo, lo mismo las mujeres, por más que sólo he visto á una muchacha muy joven. Los demás eran hombres jóvenes, ninguno de los cuales pasaría de los treinta años. Todos eran bien formados y de movimientos graciosos y apacibles. Su cabello es tan grueso como la crin de un caballo y cortado por delante hasta las cejas; en cambio, por detrás llevan una larga trenza que no se cortan nunca. Su color natural es el de los indígenas de las islas Canarias, ni negro ni blanco, pero algunos se pintan con negro ó blanco, otros con encarnado ó cualquier otro color que encuentran. Algunos se pintan la cara, otros todo el cuerpo, otros sólo los ojos y otros nada más que la nariz. No llevan armas ni las conocen, pues cuando les enseñé espadas las cogieron tan torpemente por el filo que se cortaron. No poseen hierro alguno; sus lanzas consisten en palos sin hierro y están adornadas en sus extremos con dientes de pescado ú otras cosas. La mayoría de estas gentes son de buena estatura, buena presencia y graciosos movimientos. En bastante de ellos noté cicatrices de heridas, y al preguntarles por señas por el origen de éstas, me hicieron comprender que los habitantes de las islas vecinas venían de vez en cuando para cogerlos prisioneros, por lo que tenían que defenderse. También creo yo que vienen aquí desde el continente para coger prisioneros á los indígenas. Deben de ser buenos é inteligentes esclavos, pues noto que comprenden muy pronto todo lo que les digo, y estoy convencido de que se les puede hacer cristianos con facilidad, porque no parece que pertenezcan á ninguna secta. Si Dios es gustoso, á mi regreso llevaré á vuestras altezas seis de estas gentes para que aprendan nuestro idioma. Fuera de los papagayos no he visto ningunos otros animales por aquí.

»*Sábado 13 de octubre.*—Al rayar el día vinieron muchos indígenas á la orilla; todos eran, como ya se ha mencionado, hombres jóvenes, de estatura más que regular; es verdaderamente una hermosa raza. Su cabello

no está rizado, sino que cae recto hasta abajo y es basto como crin de caballo. También tienen la cabeza y la frente más ancha de lo que he podido observar en cualquiera otra raza humana. Los ojos son muy bellos, y en manera alguna pequeños; el color de la tez no es negro, sino parecido al de los indígenas de las islas Canarias, como no puede menos de esperarse, puesto que esta isla está en el mismo grado de latitud que la de Hierro (Ferro), una de las Canarias. Todos estos indígenas sin excepción tienen miembros rectos, son esbeltos y muy bien formados. Vinieron al barco en canoas hechas de un solo tronco de árbol ahuecado y que son excelentes y muy á propósito para estas regiones. Muchas de ellas contenían cuarenta y hasta cincuenta hombres; otras eran más pequeñas, y en algunas sólo cabe un individuo. Dirigen sus botes con remos que recuerdan las palas de los panaderos. Con esto alcanzan una maravillosa rapidez, y cuando alguna de estas barcas vuelca se echan todos á nadar, la vuelven y sacan el agua que ha penetrado en ella con botellas de calabaza que llevan consigo. Trajeron ovillos de algodón hilado, papagayos, lanzas y otras pequeñeces que sería cansado enumerar, y las cambiaron por lo que quisimos darles. Les pregunté cautelosamente para cerciorarme si había por allí oro y noté que algunos llevaban un pedazo pequeño colgado de un agujero abierto en la nariz. Por sus señas comprendí que si iba hacia el Mediodía ó daba la vuelta á la isla en dirección Sur, encontraría un país cuyo rey poseía vasijas de oro y abundancia de este metal. Procuré persuadirles á que me acompañasen hasta allí, pero comprendí al momento que no querían hacer esto. Por lo tanto decidí esperar hasta la noche del día siguiente, y entonces navegar con rumbo Sudoeste, ya que muchos de los indígenas me habían comunicado que tanto en dirección al Mediodía como al Sudoeste y Nordeste había países, y que los habitantes de las regiones situadas en esta última dirección venían á menudo para batirse con ellos y buscar en aquellas tierras oro y piedras preciosas. La isla donde estamos es bastante grande y muy llana, con magníficos árboles verdes; tiene agua sobrante y un lago muy grande en el centro, pero no tiene ninguna montaña, mas sí una hermosa vegetación muy agradable á la vista. Los indígenas son de un carácter muy apacible; pero impulsados por el deseo de poseer los objetos que tenemos, hurtan todo lo que pueden, pues saben muy bien que no les damos nada si no lo cambian por otra cosa, y se escapan con ello. Mas todo lo que tienen lo dan por cualquier nadería que se les ofrece, hasta por objetos rotos y cascotes de cristal. He visto dar por tres leotis (pequeña moneda de cobre de Portugal cuyo valor es el de medio maravedí) diez y seis ovillos de hilo que contendrían todos ellos juntos más de una arroba de algodón hilado. Yo prohibí esta clase de cambio, y no permití á nadie más comerciar con al-

térseles y hacer lo que se quisiera de ellos. Cerca de la citada pequeña isla (península) hay huertas y plantaciones tan hermosas, que más no las he visto nunca; el follaje es tan verde y fresco como en Castilla durante los meses de abril y mayo; también se encuentra mucha agua en estos sitios. Una vez que hube reconocido todo el puerto, volví á los barcos, nos hicimos á la vela, y pronto vi tantas islas que no sabía en cuál desembarcar. Los indígenas que llevaba conmigo me hicieron comprender por señas que eran innumerables. A más de cien les dieron nombre. Decidí, por lo tanto, ver cuál era la mayor de todas, y á ella quiero ir. Parece que está situada á cinco leguas de San Salvador; las otras están más ó menos próximas. Todas son muy llanas, sin montes, muy fértiles y pobladas de habitantes. Los indígenas mantienen guerra unos con otros, por más que son gente muy inofensiva.

»Lunes 15 de octubre.—Me quedé apartado de la costa durante la noche por no saber si ésta estaría libre de abismos. Esperaba poder desplegar las velas al amanecer. Y como la isla está á más de cinco leguas de distancia, más bien siete, y además me retuvo la marea, era ya cerca de mediodía cuando alcancé la isla. Ví que la parte situada enfrente de la isla de San Salvador está en dirección de Norte á Sur y tiene cinco leguas de largo; el otro lado, por el contrario, comprende de Este á Oeste y tiene más de diez leguas de extensión. Y como desde esta isla vi otra grande en dirección occidental, acerté las velas, puesto que había navegado todo el día y hasta la entrada de la noche sin haber podido alcanzar el cabo más occidental de la isla, á la cual puse el nombre de *Santa María de la Concepción*. Hacia la puesta del sol anclé cerca del citado cabo para inquirir si había por allí oro. Los indígenas de San Salvador me habían dicho que aquí llevaba la gente grandes brazaletes de oro en los brazos y las piernas. Me parece que todo esto ha sido fábula para librarse de mí. Sea lo que fuere, no quiero pasar cerca de ninguna isla sin tomar posesión de ella, por más que esto sea indiferente en el fondo, pues habiendo tomado posesión de una, sirve esto para todas las demás. Anclé, por lo tanto, y quedéme hasta hoy martes, que me embarqué en un bote lleno de gente armada dirigiéndome á tierra. Los numerosos indígenas allí reunidos iban desnudos y tenían la misma apariencia que los de San Salvador.

»Nos permitieron andar por la isla, dándonos cuanto les pedimos. Como empezaba á menguar el viento S.E. no quise quedarme por más tiempo en la isla y volví á nuestros barcos, encontrándonos al lado de uno de los costados de *La Niña* con un gran bote. Uno de los indígenas de San Salvador, que se hallaba en aquel barco, saltó desde bordo y se refugió

en la piragua, y otro á media noche... (*aquí hay un espacio en el original de Las Casas*), y él (probablemente el comandante de *La Niña*) persiguió á la canoa, desapareciendo ésta con tal rapidez que no hubiera habido bote que la diese alcance. La canoa llegó á tierra, donde la abandonaron los que la ocupaban. Algunas de mis gentes persiguieron á los fugitivos mas no les dieron alcance, pues corrían como gallinas. La embarcación abandonada fué conducida á bordo de *La Niña*. Vimos en otro bote pequeño á un solo hombre que venía por otro lado, y que nos traía un ovillo de algodón para cambiarlo por otros objetos. Como se resistía á pasar á nuestro barco, saltaron al agua algunos marineros y se apoderaron de él. Desde la popa de mi barco veía yo todo esto, y mandé conducir al indígena á mi presencia. Le dí una gorra encarnada, até á su brazo una sarta de cuentecillas de cristal verde, colgué de sus orejas dos cascabeles pequeños, y mandé que le diesen su canoa y le condujesen á la orilla. Poco después desplegamos velas para dirigirnos á la otra isla grande situada al occidente, y ordené se utilizara también la canoa que se hallaba á bordo de *La Niña*. El hombre al cual había hecho los mencionados regalos y rechazado su ovillo de algodón, había desembarcado en este intervalo y le vi rodeado de una compacta multitud á la que decía que éramos muy buenos, que el otro hombre que huyó sin duda había cometido alguna injusticia y por eso nos habíamos apoderado de él. El objeto que yo esperaba conseguir dando libertad al hombre, y que consistía en infundir á aquellas gentes la mayor consideración hacia nosotros, á fin de evitar hostilidades á los expedicionarios que envíen en el porvenir vuestras altezas á estasis las, estaba logrado, por más que apenas valdrían cuatro maravedises por junto todas las cosas con que había obsequiado al indígena. Hacia las diez me marché de allí, dirigiéndome en dirección Sur y con viento S.E. á aquella gran isla en la cual dicen las gentes de San Salvador que hay mucho oro, y cuyos habitantes llevan brazaletes de este metal en los brazos y piernas, como también en las orejas y nariz y alrededor del cuello. Entre esta isla y la de Santa María media una distancia de nueve leguas de Este á Oeste, y toda la parte de la costa se extiende de Noroeste á Sudeste y parece ser que en esta parte mide más de 28 leguas de largo. Lo mismo que la isla de San Salvador y la de Santa María, es llana y sin ninguna montaña. La orilla está libre de peñascos exceptuando algunos escollos que se encuentran cerca de la tierra debajo del agua, y que reclaman mucha precaución para anclar, por más que el agua está muy clara por todas partes y puede verse hasta el fondo. A dos cañonazos de distancia es tan grande la profundidad del agua que no se encuentra fondo. Estas islas son muy frondosas y fértiles, están rodeadas de embalsamado ambiente y encierran sin duda alguna bastantes cosas

que no conozco; pero no quiero detenerme á buscarlas, ya que he salido á descubrir otras islas más en las cuales se halla oro. Y después de haberme hecho comprender por señas los habitantes de San Salvador que los de estas tierras llevaban verdadero oro en los brazos y en las piernas (pues yo les he enseñado el que poseo y me aseguraron ser el mismo metal), no puedo por menos que hacer cuanto sea posible para encontrar esos sitios con la ayuda de Dios. Mientras navegaba por el golfo que hay entre estas dos islas, es decir, entre la de Santa María y ésta grande, á la cual llamo Fernandina, tropecé con un hombre que pasaba de la primera á la segunda. Llevaba consigo un pequeño pedazo de pan del tamaño de un puño cerrado aproximadamente, una botella hecha de calabaza y una excrecencia ó bola de tierra rojiza hecha polvo primero y después vuelta á amasar, y algunas hojas secas (1) que sin duda son muy estimadas por los indígenas, pues ya en San Salvador me regalaron algunas de ellas.

»Llevaba además un cestillo trenzado á usanza de ellos que contenía una pequeña sarta de cuentas de cristal y dos blancas (2), por lo que vi que venía de San Salvador, tocando en Santa María, y prosiguiendo su marcha hasta Fernandina. Se acercó á mi busca, y accediendo á sus instancias le permití subir á mi barco; ordené que todo lo que poseía, así como el bote, fuera guardado en el ala de proa. Obsequiéle con pan, miel, dile también de beber, y voy á llevarle á Fernandina, donde se le entregará todo lo que traía, á fin de que propague noticias favorables relativas á nosotros, á fin de que todos aquellos que envíen vuestras altezas, si Dios es gustoso, á estas islas sean recibidos con honores, y también para que estos indígenas nos hagan partícipes de todo lo que posean.

»Martes 16 de octubre.—Al mediodía abandoné la isla de Santa María de la Concepción para dirigirme á la de Fernandina, que parece ser muy grande por la parte Oeste de la costa. Navegué con gran bonanza durante todo el día y no llegué á tiempo de poder sondear.

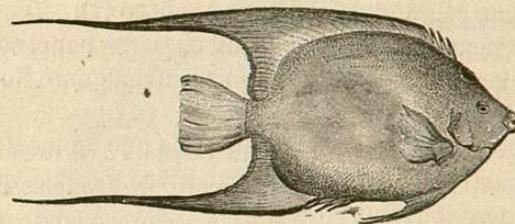
»Hubiera podido echar anclas en un sitio libre de escollos; pero como hay que andar con mucha precaución si no quiere perderse ésta, decidí esperar hasta el nuevo día. Al amanecer desembarcamos cerca de un pueblo, al cual había llegado ya el hombre que vino con su canoa en nuestro barco. Había dado tan buenas noticias sobre nuestras personas, que durante toda la noche llegaban los indígenas en sus canoas hasta nuestros barcos, trayéndonos agua y todo cuanto poseían. Mandé dar á cada uno alguna baratija, como sartas de cristal que contenían cada una diez ó doce

(1) Es muy probable que fuera tabaco.

(2) Pequeña moneda castellana.

cuentas, pequeñas sonajas como las que dan en Castilla á maravedí la pieza, y algunas tiras de cuero; todos estos objetos son considerados por ellos como de gran valía.

»Obsequié también á los que vinieron á bordo de mi barco con jarabe. A las nueve de la mañana envié el bote del barco á tierra para traer agua; los indígenas enseñaron con gran amabilidad á nuestras gentes los lugares en que podían hallarla, y además llevaron los toneles llenos de ella hasta los botes, demostrando al parecer gran contento de poder ayudarnos. Esta isla es muy grande y he decidido navegar alrededor de toda ella, pues según puedo comprender se halla en la misma ó en sus cercanías una mina de oro. Dista de la de Santa María ocho leguas en la dirección de Oriente á Occidente; el promontorio al cual he llegado, lo mismo que toda la costa,



Pez ángel (dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

Boca azul, cabeza amarillo azulada, párpados azules, ojos amarillo dorados, pupila negra; la mancha de la frente negra, rodeada de azul; las escamas azules, rodeadas de amarillo dorado; las aletas delanteras amarillo doradas; las del vientre verdoso amarillas; las de la espalda amarillo rojizas, rodeadas de azul oscuro, y la cola amarillo rojiza.

está situado en dirección Nornordeste á Sudsudeste, y he visto hasta veinte leguas de distancia sin haber podido hallar su término.

»Poco después de haber escrito lo que antecede mandé desplegar velas para dar vuelta á la costa con viento del Mediodía.

»No quiero descansar hasta haber llegado á Samoet, que es una isla ó ciudad en la cual, según afirman todos los indígenas de San Salvador, se encuentra el oro. Los habitantes de esta isla se parecen á los de las demás, hablan el mismo idioma y tienen las mismas costumbres; pero me parecen más inteligentes y hábiles que los otros, cosa que deduzco de que saben comerciar mejor con algodón y otros artículos. También he visto en estos parajes retales de algodón tejido, que usan como mantas, y las mujeres llevan delante una tira de esta tela, tan pequeña que apenas llena su objeto. La isla es muy verde, llana y sumamente fértil; no dudo que siembran y recolectan grano y otras cosas todo el año. Vi muchos árboles que se diferencian mucho de los de nuestro país; algunos de ellos tienen ramas